

Lucio V. MANSILLA, *Diario de viaje a Oriente (1850-51) y otras crónicas del viaje oriental*, edición, introducción y notas de María Rosa Lojo, Buenos Aires, Corregidor, Colección EALA, 2012, 370 pp.

Lucio Victorio Mansilla (Buenos Aires, 1831- París, 1913), que se consideraba a sí mismo como “uno de los argentinos más glotones en materia de viajes” (*Entre-Nos*, 1963, 165), realizó su primer gran periplo a los 18 años, por la India, Egipto y Europa, a lo largo de más de un año. Su padre lo envió solo pero le proporcionó una importante cantidad de dinero que le permitió desplazarse, sin grandes dificultades, por ciudades exóticas y parajes inhóspitos. Los testimonios sobre lo visto y vivido en circunstancias tan excepcionales para un joven porteño de la época fueron, afortunadamente, recogidos por Mansilla en un diario que inaugura los relatos de viajes de la literatura argentina con Oriente como destino principal. Este diario extraviado durante mucho tiempo y, recientemente, descubierto por un descendiente del autor, aparece publicado, por primera vez, en esta muy cuidadosa edición preparada por María Rosa Lojo. En el volumen se incluyen, asimismo, dos crónicas donde el viajero amplió algunos recuerdos consignados, escuetamente, en el diario: *De Adén a Suez* (1855) y *Recuerdos de Egipto* (1864). Si bien ambos textos ya habían sido publicados, Lojo realiza en el libro que nos ocupa, las primeras ediciones eruditas.

Mansilla no daba mucha importancia a aquel diario por considerar que su escritura no tenía calidad literaria y que él, por su extrema juventud, no había sabido apreciar, como era debido, el mundo que desfilaba bajo sus ojos. Pero en la presente edición, los estudios de Lojo y del equipo que ha trabajado bajo su dirección, ponen de relieve su extraordinario valor como hipotexto de obras escritas por el autor a lo largo de su vida, entre las que se destaca, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870). Evidentemente, la edición crítica de este diario resulta de singular relevancia para los investigadores de la obra de Mansilla y de su contexto literario e histórico. Asimismo, el volumen conjunto que conforma con las ediciones críticas de las otras dos crónicas de itinerarios orientales, contribuye con muy importantes materiales al estudio de los relatos de viaje de la argentina decimonónica. Pero, además, es preciso subrayar que constituye un interesante y significativo aporte para las indagaciones sobre el relato de viajes en cuanto discurso con características propias.

En tal sentido, en primer lugar, hay que considerar el abordaje realizado del diario, tanto desde la perspectiva de su constitución como de su productividad respecto a

hipertextos referidos a aquel periplo. En efecto, la existencia y la funcionalidad hermenéutica de un diario primigenio, reescrito para la versión del relato del viaje que al autor le importaba dar a conocer, es una cuestión a tener en cuenta ante cualquiera de estos discursos. Es ilustrativo el caso de Camilo José Cela, quien reveló que había empleado este artificio en su *Viaje a la Alcarria* (1948), e hizo saber que aquel viaje que había descripto como hecho a pie, en solitario, relatando sus impresiones al calor inmediato de las experiencias, en realidad, tuvo varios tramos en coche, contó con la compañía y la fijación en imágenes de dos fotógrafos, y dio lugar a varias reescrituras a partir de un diario de escasas 20 páginas (*Guía del Viaje a la Alcarria*, 1993, 13-24). El diario de Mansilla, tal como se ha encontrado, reúne dos redacciones. En el presente volumen, María Rosa Lojo edita y analiza las dos. En la segunda, ya se aprecia la voluntad del viajero por depurar las anotaciones anteriores, con la intención manifiesta de dedicarlas a su padre y, posiblemente, de que tomaran estado público. Cabe señalar que algunas hojas de la primera redacción fueron cortadas y que la segunda versión se interrumpe cuando aún no ha terminado el viaje a Europa. Lojo se dedica luego a la confrontación de estas notas juveniles con las versiones muy ampliadas y reelaboradas que constituyen las crónicas *De Adén a Suez* y *Recuerdos de Egipto*, de modo tal, que su trabajo adquiere una categoría modélica para investigar la trayectoria entre el diario contemporáneo a un viaje y el relato que luego se hizo público. Proceso que, por cierto, está presente en todas las épocas. Por ejemplo, en el libro del viajero medieval Pero Tafur, *Tratado de Andanzas y Viajes*, del que solo se conserva un códice muy tardío, pueden apreciarse rastros de un diario primigenio que ayudan a dilucidar algunas circunstancias de la historia del manuscrito (*Diccionario Filológico de Literatura Medieval Española*, 2002, 969).

El estudio de la función intertextual del diario de Mansilla se expande, además, como se ha dicho, a otras obras del autor que si bien no están relacionadas con sus desplazamientos por Oriente, sí registran memorias de sus muchos otros viajes. En estos casos, el detenido trabajo de investigación revela que no hay un corte abrupto entre aquellas anotaciones de juventud y los escritos del hombre maduro, como él mismo autor creía, sino que pueden encontrarse isotopías que perduran a través del tiempo. Y que, incluso, los cambios y los contrastes entre el diario y la obra posterior dan pie para profundizar en los procesos de transformación que conllevan. Otro aspecto que aborda Lojo y que se inscribe entre aquellos que es necesario tomar en cuenta a la hora de analizar un relato de viajes, es el grado de incidencia que tiene en los preconceptos del viajero, la fuerza de las experiencias que los contradicen. Recuérdese, por ejemplo, que Juan José Saer subraya en el caso de las memorias viajeras de Sarmiento: “La capacidad, a pesar de la firmeza monománica de sus ideas, de dejarse maravillar por todo lo que en la realidad

diversa y adversa las contradice.” (*Viajes por Europa, África y América, 1845-1847*, 1993, XV.) En todas las épocas y lugares se encuentran relatos de viajes con esta “hospitalidad a lo antagónico”, en palabras de Saer (*Ibidem*). Lojo presenta un análisis basado en la imagología, para sopesar los efectos entre preconceptos y experiencias en las crónicas de Mansilla que, como en el caso de la funcionalidad de los diarios, comporta un modelo metodológico para aplicar al estudio de otras escrituras de viajeros.

La edición de los textos cuenta con un minucioso aparato crítico —donde se destacan los aspectos relativos a la lengua del autor—, facsímiles de los manuscritos, mapas de los itinerarios, ilustraciones y una nutrida bibliografía que abarca desde los estudios sobre Mansilla a las investigaciones teóricas acerca del “relato de viajes” como género. El volumen se abre con un muy útil estudio introductorio que revisa las circunstancias biográficas e históricas que rodearon la producción de la obra de Lucio V. Mansilla, y que incluye, asimismo, referencias a la de su hermana, Eduarda Mansilla, escritora y cronista de viajes en un momento que no facilitaba, precisamente, estas inquietudes en las mujeres. A pesar de lo cual, ocupa un lugar en la historia de la literatura argentina del siglo XIX, que la misma María Rosa Lojo se ha encargado de indagar.

El volumen se enmarca dentro de un proyecto plurianual del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) sobre el tema, “Los hermanos Mansilla, edición y crítica de textos inéditos u olvidados”, dirigido por María Rosa Lojo y radicado en la Escuela de Letras de la Universidad del Salvador, Buenos Aires. El equipo consagrado a esta edición contó con las investigadoras Marina Guidotti, María Laura Pérez Gras y Victoria Cohen Imach.

El resultado del trabajo, como se ha señalado, ofrece una estructura de círculos concéntricos de singular interés para los estudiosos de la obra de Lucio V. Mansilla, de la literatura argentina con la que interactuó durante su larga vida, de los relatos de viajes de ese período y procedencia, así como de los aspectos teóricos de un género que concita desde hace dos décadas, una merecida atención.

Sofía M. CARRIZO RUEDA.

Javier Roberto GONZÁLEZ, *Los Milagros de Berceo: alegoría, alabanza, cosmos*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores, 2013, 302 pp.

El autor es conciente de que se enfrenta con una etapa de su peregrinaje filológico —sabe bien que ‘todos somos romeros’— erizada de dificultades. Se trata de volver sobre “la obra más conocida y largamente estudiada de Gonzalo de Berceo” (p. 7). Y el riesgo que asoma como más insidioso es “incurrir en el doble y punible pecado de